

sumario

A partir da concepção de vida, como um proceso contínuo, enriquecido pela festa dos acontecimentos, o Autor nos leva a considerar a fé como um ciclo vital, onde os acontecimentos dão o sabor e fortalecem este processo e, vê nos discernimento pastoral o acontecimentos sem processos. Finalmente o que pretende é atualizar a presença pascal de Cristo que, por sua vez, é universal e local.

Catequesis y pastoral. Proceso y acontecimientos

Francisco Van Den Bosch

Sacerdote Diocesano. Secretario Ejecutivo de la Comisión de Catequesis de la Conferencia Episcopal Argentina. Belga-Argentino.

medellín

“Hermanos:

Este año toda la diócesis pondrá como prioridad pastoral y acontecimiento relevante, las fiestas patronales diocesanas. Mucho se habla del proceso y camino de crecimiento, pero me parece importante tener en cuenta la pastoral orgánica y de conjunto. Además la secularización está haciendo estragos en nuestros ambientes. Por eso quiero que, entre todos, pongamos el énfasis necesario para que tengamos una fiesta como Dios manda, más allá de las iniciativas particulares que, ruego, por ahora se supediten a esta decisión diocesana”.

Un imaginario obispo.

“Hermanos:

ya se que nuestro obispo nos invita a toda la diócesis a poner, como prioridad exclusiva las fiestas patronales diocesanas y me parece admirable este empeño. Pero como nuestra comunidad es vital y tiene en cuenta el ritmo de cada uno, es mi deseo que, entre todos, pongamos manos a la obra que el proceso iniciado hace años, continúe. Me parece bien que, para las comunidades sin iniciativa, se impongan directivas diocesanas que, gracias a Dios, nuestra comunidad no necesita”.

Un imaginario párroco.

“Hermanos

No entiendo las cosas que están pasando: nuestro obispo nos manda tener en cuenta un acontecimiento que le resulta trascendente y nuestro párroco nos dice que lo importante es su propio criterio: nuestro proceso de crecimiento. Ninguno de los dos me consultó para

saber qué me parece a mí. Creo que ambos son personas honorables cuya buena voluntad descuento. Lamento no haber sido consultado”.

Un no tan imaginario feligrés.

La catequesis se suele describir como un camino de crecimiento y maduración en la fe, en un contexto comunitario-eclesial que da sentido a la vida. Dice el documento final de la segunda semana de catequesis (Caracas 1992): “Por eso la catequesis no puede limitarse a uno o varios momentos de la vida del creyente, sino que tiene que ser un itinerario permanente que lleve, por etapas, a una adhesión personal y definitiva a la persona de Jesucristo, y a la inserción activa y solidaria en una comunidad eclesial concreta y un compromiso por inculturar a Cristo en todos los ambientes de la vida privada o pública, resaltando la solidaridad de nuestros hermanos en todos los campos y un compromiso por la justicia social” (n. 42).

La catequesis se enfoca en todo el proceso de crecimiento en humanidad propio de cada persona. Son claves en este proceso de crecimiento y maduración humanas el sentido que cada uno va dando a su propia vida, tanto en su aspecto personal como comunitario.

1. La vida un largo camino marcado por hitos que le dan ritmo...

La vida de una persona en su transcurso y avance creciente a través del tiempo se puede describir de muchas maneras, de acuerdo al interés, al punto de vista a examinar, a la orientación que se le quiere dar.

Se la puede enfocar bajo el punto de vista de la conducta adaptativa y se describirán entonces las distintas etapas

evolutivas del ser humano a lo largo de los años bajo determinados aspectos: el tipo de inteligencia, el sentido espacio-temporal, las interés síquicos dominantes, la imaginación, etc., con sus características propias, sus sensibilidades, sus capacidades, posibilidades, limitaciones en cada momento.

Se puede examinar el crecimiento de la persona bajo el aspecto de la conducta personal y social. Se tendrá en cuenta entonces su afectividad, su capacidad creciente de relacionarse, su desenvolvimiento en la sociedad de menor a mayor y su compromiso en la misma. Se pondrá de manifiesto cómo primero de niño, luego de adolescente, joven y adulto va apropiándose de su mundo: cómo desde el hogar y los primeros contactos con los otros en la familia, va descubriendo el mundo. Se pondrá de manifiesto la progresiva extensión de relaciones: la casa, la cuadra, el barrio, el pueblo, el país, el mundo. Y se revelará cómo, de acuerdo a su entorno, a la educación, a las sensibilidades, a las capacidades, idiosincrasia, carácter, se va haciendo, cada uno a su modo, ser social.

También se puede enfocar la vida creciendo bajo el aspecto del desarrollo físico-motor. Se describirá el desarrollo de las capacidades corporales que hasta, cierta una edad van creciendo para después ir declinando poco a poco. Se aclarará cómo el cuerpo se va desarrollando, cómo las células se van renovando, cómo la muerte y la vida de estas es un proceso de toda la vida, cómo se llega a la plenitud de la fortaleza física con una cierta estabilidad y cómo después viene el lento declive.

Dentro de cada una de las descripciones anteriores que presentan distintas posibilidades de ver desarrollo humano es de notar que no se trata de una sucesión de etapas aisladas, de compartimentos estancos sin conexión entre sí. La vida humana es una y, salvo excepciones, es vivida y

experimentada como una unidad: la descripción de sucesivas etapas y los distintos enfoques son, de algún modo, una abstracción que se suele hacer para facilitar el estudio, la investigación, el análisis. De hecho se trata de un largo proceso vital que se desarrolla, generalmente, de una manera continua y sin cortes.

Sin embargo, a pesar de esta continuidad, en cada vida humana hay acontecimientos que acompañan y marcan este proceso sin negarlo; la unidad de la vida es acompañada por momentos especiales. Son como fogonazos, leídas en claves propias de cada cultura, comunidad y persona, y pueden significar que, de alguna manera, empieza una etapa nueva en el proceso único. Incluso puede haber acontecimientos muy particulares que parecen marcar un claro antes y después. Otros pueden simbolizar un momento de reposo o un hermoso y momentáneo fuego artificial que vienen bien pero no hace al fondo del proceso.

Hay acontecimiento personales pero preestablecidos: un nacimiento, los cumpleaños (y particularmente los quince o dieciocho años en muchas de nuestras culturas), el casamiento, los aniversarios de boda, etc., acompañan y marcan la vida particular. Unos son decisivos en el mismo proceso, otros son trampolín para nuevos pasos pero en sí no aportan. Al mismo tiempo la sociedad tiene sus acontecimientos: año nuevo, la fiesta de la primavera, fiestas patrias, las vacaciones de cada año, los fines de semana... marcan el ritmo de la sociedad con sus sucesivos tiempos, son importantes como marcas pero pasan sin pena ni gloria. No por eso son superfluos. También puede haber acontecimientos que marcan épocas, que parecen indicar que la historia (o la vida) inician una nueva época: una enfermedad grave que luego se supera, un cambio fundamental en relaciones vitales, un determinado acontecimiento que marca toda la sociedad pueden, imprevistamente, constituirse en acontecimiento clave. Durante

años los europeos hablaban de “antes de la guerra” o “después de la guerra”, indicando de este modo hasta qué punto este hecho había marcado la historia del ser humano y de toda la sociedad. Son hechos que hacen de bisagra entre una época y otra. Y como tal marcan al mismo tiempo la distinción y la continuidad.

En todo ese desarrollo es importante saber descubrir la trama de fondo de todo el proceso y lugar que ocupan en ellos los acontecimientos; son para la vida lo que es la sal para la comida: da gusto. Son a menudo momentos de fiesta, un recreo en la vida, un hermoso espectáculo, un trampolín. Estos acontecimientos marcan de alguna manera el ritmo vital tanto comunitario como personal. No cambian el proceso sino que le dan nueva luz, impulso, fuerza: recrean. Pueden introducir perspectivas nuevas, ampliar horizontes, revitalizar. No suprimen, ni siquiera momentáneamente, el proceso ni lo suelen cambiar substancialmente sino que son momentos que jalonan la vida, le dan ritmo y están en función del proceso como unidad. Ayudan a unificar en la diversidad y a diversificar en la unidad.

Una vida sin acontecimientos es vida sin gusto, deshumanizada y aplastante: es vida unidimensional, le falta perspectiva, profundidad, *dimensión. Muchos afirman que uno de los mayores padecimientos de la persona encarcelada es esta ausencia de ritmo (que es lo que dan los acontecimientos): es como una vida en la cual la única dimensión del tiempo son los espacios temporales entre las comidas y la diferencias entre día y noche. No hay trampolín, no hay fiesta ni espectáculo, no hay acontecimientos.

Al mismo tiempo no se puede vivir sin proceso, en base a puro acontecimiento. No se come el condimento solo: este necesita de la comida para que pueda cumplir su función. Vivir en base a mero acontecimiento es como vivir sin meta,

de farra en farra, de fiesta en fiesta, de pico en pico, sin llanos o caminos placenteros que permitan respirar tranquilo. La vida como un fuego artificial sin fin es vida sin futuro. El espectáculo no puede ser eterno.

2. El itinerario de la fe: caminos e hitos...

La vida de fe también es un largo proceso, un peregrinar hacia la casa del Padre en crecimiento y maduración. Es un lento avanzar como personas, pero no solos, en el camino de la vida. Y podemos describir esta vida de fe siguiendo el mismo esquema anterior: hay una conducta adaptativa de cada persona y comunidad que va creciendo de acuerdo a las sensibilidades, capacidades, posibilidades y limitaciones propias del conjunto de sus integrantes. La inserción en la comunidad y el crecimiento de esta también dependen de la capacidad de relacionarse y la predisposición para el compromiso. El descubrimiento de la comunidad de fe crece desde el hogar, la comunidad local, parroquia, diócesis, país, continente, mundo.

Y también allí existen los acontecimientos que acompañan el ciclo vital: el año litúrgico indica los acontecimientos oficiales que la comunidad de fe católica celebra: sin romper la unidad del proceso son acontecimientos que marcan el ritmo del año y de los años. También la vida personal tiene su ritmo: los sacramentos son momentos claves para el ser humano y marcan la persona. Es Dios que se hace presente en el nacimiento, el hacerse adulto, casarse, encontrarse en la fiesta familiar alrededor de la mesa, pedir y dar perdón, enfermarse, comprometer su vida al servicio de la causa de la comunidad.

Asimismo hay hechos que marcan el paso de una época a otra: se habla de "antes del concilio" y "después del concilio". También ahí se trata de acontecimientos que indican distinción y continuidad.

En todos los casos los acontecimientos, para ser tales, deber ser experimentados como “naturales”: un acontecimiento no se fabrica, es una dimensión y categoría antropológica-cultural que impacta por sí sola. Casi siempre son momentos fuertes que a menudo contienen un desafío implícito y muchas veces invitan tácitamente a una opción. En sí no cambia el proceso pero son el trampolín que la vida, cada tanto, ofrece.

Así como en el conjunto de la vida humana, también en el ámbito de la fe es necesario tanto el proceso como el acontecimiento, y este último está en función del primero: marca el ritmo pero no puede existir como puro ritmo, impacta y marca la vida, invita.

3. La pastoral como acompañamiento del proceso con sus hitos

Si entendemos la pastoral como la “cura de almas” al modo medieval la cosa es bastante fácil: se trata de ofrecer los servicios necesarios, especialmente en el ámbito de los sacramentos, para que la persona tenga acceso a los medios de salvación. Entonces la tarea será eminentemente o exclusivamente sacerdotal: el sacerdote administra los sacramentos, entierra muertos, preside funciones, enseña doctrina, organiza la caridad.

Hoy en día todo el mundo está de acuerdo que, para ser buen pastor, no basta con ser un buen administrador de sacramentos y la pastoral no es tarea exclusiva del sacerdote. Hace falta analizar la realidad que nos toca vivir junto con la comunidad en la cual estamos insertos, evaluar esta realidad de manera lúcida y asistidos por los aportes de las ciencias humanas y a continuación actuar en base a este análisis y evaluación. Y la meta de esta actuación es el crecimiento de las personas y de la comunidad como signos del Reino.

Ya de manera embrionaria se ve, en el nuevo testamento, diversas funciones pastorales tanto en base a las necesidades de las personas y comunidades como en base a los distintos carismas de los agentes de pastoral (la evangelización de los paganos para San Pablo, la caridad y el servicio para los diáconos, etc.); también se descubren primeras discusiones y las decisiones pastorales válidas para el conjunto de los seguidores del Señor. La diversificación de las situaciones particulares de los hombres y la creciente complejidad del mundo moderno por un lado como así también la multiplicidad de las tareas de la Iglesia por otro hacen que, dentro de la pastoral, las tareas se diversifican en múltiples áreas, de acuerdo a las necesidades de la comunidad y de las personas.

Lo que da unidad a las diversas tareas de la Iglesia local, la diócesis. Sin embargo, desde el Concilio Vaticano II a esta parte, vemos también una creciente integración de las distintas Iglesias particulares que comparten una situación más o menos similar: las conferencias episcopales de cada país se integran, elaboran juntos planes de pastoral de acuerdo a las necesidades compartidas, crean servicios comunes, coordinan, actúan como cuerpo llevando adelante una pastoral orgánica y de conjunto. También a nivel continente se estudia, se planifica, se coordina. El CELAM fue experiencia piloto en este servicio.

Por último, existen orientaciones pastorales válidas para la Iglesia Universal: son las grandes líneas directrices que son consideradas fundamentales y valedoras para el mundo entero.

Cabe mencionar sin embargo que, en algunos ámbitos, generalmente bien identificables y por ahora, gracias a Dios minoritarios, hay una resistencia para asumir como válidas las orientaciones regionales, nacionales y/o continentales de los obispos que se constituyen cuerpos más o menos

colegiados. En base a argumentaciones más jurídicas que pastorales se sostiene en estos ambientes que solamente la Iglesia local (especialmente el obispo) y la Iglesia universal (particularmente el Papa) están en condiciones de dar orientaciones pastorales válidas; organismos intermedios son considerados superfluos, ver nocivos.

En cada uno de los ambientes, desde la parroquia o comunidad de base hasta en el Vaticano (pasando por las diócesis, las conferencias episcopales nacionales y los consejos episcopales continentales), es indispensable el análisis, la evaluación y en base a estas la actuación correspondiente. Está claro que, más cerca de la gente se está (comunidad eclesial de base, parroquia) más fácil resulta tanto el análisis como la evaluación y la acción-respuesta adecuadas. También está claro que las directrices universales, surgidas del análisis y evaluación deben ser interpretadas y traducidas a nivel continente, país, diócesis y comunidades más pequeñas si quieren responder a las necesidades pastorales auténticas. Así la *Evangelii Nuntiandi* surgió de una necesidad sentida a nivel mundial, fue redactada con sentido universal y luego retomada y de alguna manera reformulada desde América Latina en Puebla y después bajada por más de una conferencia episcopal a nivel país. Lo mismo ha habido sucedido con la *Populorum Progressio*, Medellín, etc.

Es en esta trama que debemos ubicar la pastoral bajo su aspecto de acompañamiento constante, marcado por determinados hitos que son como sal y la pimienta de la vida - comida diaria. Y es indispensable ver este encadenamiento ascendente y descendente con claridad si no queremos caer en una pastoral chata sin hitos o en un mamarracho que vive de acontecimiento en acontecimiento sin proceso.

La multiplicidad de iniciativas a nivel universal, continental, nacional, regional, diocesano y local muestra la creatividad y

el dinamismo de la Iglesia pero exigen una cada vez más lúcida visión de conjunto de parte de los agentes de pastoral. Estos, al mismo tiempo, deben tener siempre presente que la pastoral es una actividad al servicio saludable (= de salvación) de personas y comunidades concretas, con caras identificadas y necesidades, preguntas, virtudes y pecados propios. Si no se quiere caer en un formalismo de cumplimiento de directrices de arriba es indispensable un constante discernimiento para encontrar dónde está la relación entre las orientaciones pastorales recibidas de arriba y "las alegrías y esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo los pobres y de cuantos sufren..." (GS 1). También es necesario tener en claro que la salvación es un largo proceso en la vida del hombre y que los acontecimientos están en función de aquella.

En este discernimiento es importante preguntarse: cuál es la relación entre la realidad humano-pastoral que nos toca en concreto y las orientaciones recibidas. En cuanto este discernimiento es importante el camino que abre el Catecismo de la Iglesia Católica en sus números 24 y 25. Las afirmaciones acerca de las necesarias adaptaciones se deben aplicar, *mutatis mutandis*, a todas las orientaciones pastorales:

"Por su misma finalidad, este catecismo no se propone dar una respuesta adaptada, tanto en el contenido cuanto en el método, a las exigencias que dimanen de las diferentes culturas, de edades, de la vida espiritual, de situaciones sociales y eclesiales de aquellos a quienes se dirige la catequesis. Estas indispensables adaptaciones corresponden a catecismos propios de cada lugar, y más aún, a aquellos que toman a su cargo instruir a los fieles: El que enseña debe hacerse todo a todos (1Co 9,22), para ganarlos a todos para Jesucristo... Los que son llamados al ministerio de la predicación deben, al transmitir la enseñanza del misterio de la fe y de las reglas de las costumbres, acomodar sus palabras al espíritu y a la inteligencia de sus oyentes (Catech.

R., prefacio 11)... Por encima de todo, la Caridad. Para construir esta presentación es oportuno recordar el principio pastoral que enuncia el Catecismo Romano: Toda la finalidad de la doctrina y de la enseñanza debe ser puesta en el amor que no acaba. Por se puede muy exponer los que es preciso creer, esperar o hacer, pero sobre todo se debe siempre hacer aparecer el Amor de Nuestro Señor, a fin de que cada uno comprenda que todo acto de virtud perfectamente cristiano no tiene otro origen que el Amor, ni otro término que el Amor (Catech R., prefacio 10) (Cfr. CATIC 24 y 25).

Las directivas para con el tercer milenio, la aplicación de lo sugerido en Santo Domingo, el uso del Catecismo de la Iglesia Católica, Sínodo de América, las orientaciones de las conferencias episcopales de cada país, por nombrar solamente alguno de los “acontecimientos-hitos” de los últimos tiempos se deben confrontar con la realidad pastoral que toca a cada diócesis, parroquia, comunidad de base a fin de no desligarse ni del proceso de crecimiento y maduración de cada individuo y comunidad ni de las corrientes más universales que aportan su riqueza al proceso.

Descuidar el proceso es enfrascarse en una Iglesia - organismo que se limita a cumplir prescripciones formales sentidas como sin conexión con la realidad cotidiana de la gente; es creer que los acontecimientos se pueden fabricar sin el corazón de la comunidad concreta y sus integrantes; es pensar que la relación amorosa de Dios con su Pueblo es una cuestión cerebral; es congelar la Alianza rebajándola a nivel contrato frío. Es desconocer que la condescendencia de Dios es elemento esencial y fundante del plan de salvación y esta se manifiesta “cuando Dios no aparece tal cual es, sino que se muestra tal cual es capaz de verlo aquel que lo contempla, midiendo El su manifestación según la debilidad de sus contemporáneos” (S. Juan Crisóstomo, homilía III - PG 48, 722)

Descuidar los acontecimientos más universales es encerrar a la comunidad en un localismo tipo secta que prescinde de la catolicidad; es aislarse como "elegidos" en detrimento de la Iglesia multifacética; es menospreciar a "los otros" sobrevalorando la particularidad de lo propio; es privar a la comunidad local de riquezas de la Tradición; es querer seleccionar entre las múltiples formas del hablar de Dios aquellos modos que uno prefiere; es empobrecer al Cuerpo de Cristo haciéndolo a nuestra medida.

La pastoral catequística se puede describir como la acción pascual de un grupo humano llamado Iglesia que interpreta, vive y expresa su situación hoy y aquí a la luz del Evangelio: es la actualización del obrar pascual de Cristo, y este obrar consiste en palabras y obras, fuerte acento en lo testimonial-sapiencial.

La Iglesia que debe realizar esta actualización es al mismo tiempo universal y local, Cristo salva constituyéndonos en Pueblo, y su mensaje es "saludable", no porque lo dicen los teólogos sino porque es experimentado así por la comunidad de creyentes.

Si queremos que las múltiples iniciativas, los hitos que no son indicados, sirvan para la pastoral efectiva y eclesial habrá que tener en cuenta siempre la diferencia entre lo absoluto y lo relativo, el proceso y los acontecimientos, la substancia de la comida y sus condimentos. Y al fin, habrá que convencerse, una vez más, "Dios es más grande..."

Dirección del Autor
Venezuela 4145
1211 Capital Federal
Buenos Aires - ARGENTINA